

Diálogo entre María Fernanda Ampuero y Victoria Torres

(VT) *Pelea de gallos* es un libro que ya desde el epígrafe refiere a algún tipo de monstruos. Hay muchos cuentos en donde se usa esta palabra, incluso en su inflexión femenina, “monstrua”... ¿A qué se debe esta recurrencia? ¿Quiénes son estos monstruos que pueblan tu libro? ¿De dónde provienen?

(MFA) Yo siempre he estado un poco obsesionada con los monstruos. Mis grandes referencias vitales y creativas vienen sobre todo del cine de terror y de la literatura de terror de cualquier tipo; este monstruo es un ‘otro’ que comparte las características que nosotros tenemos pero que tiene algo de hiperbólico, tiene algo roto, oscuro, un pacto con el mal, o –pienso por ejemplo en Frankenstein– ha sido objeto de un capricho. A mí me interesa mucho conocer al monstruo porque, al hacerlo, te das cuenta de que todo lo que la sociedad no puede categorizar como ‘bueno’ –una buena chica, un buen hombre, alguien que hace lo correcto, alguien ‘normal’– es convertido en una especie de monstruo y la turba famosa con las antorchas empieza a perseguirlo o perseguirla. Yo siempre me he sentido diferente, he sentido que –más allá de lo físico que también es un tema que da para hablar– la mujer que no es perfecta, la mujer que no es dócil, la mujer que no es delgada, la mujer que no es joven, la mujer que no es delicada, también tiene condiciones de monstruo, de ahí, por ejemplo, la bruja. Emocionalmente siempre sentí que había algo raro en mí y creo que de esta sensibilidad apareció esta forma de hermanarme con lo que la sociedad llama ‘monstruos’ y por eso quise en mi literatura más bien señalar que muchas de las acciones y muchas de las formas de vivir de la gente tienen mucho de monstruoso. El símbolo de esto para mí es la pelea de gallos: gente a la que le gusta ver a los animales matándose entre sí. Eso se puede considerar entre muchas comillas una ‘diversión normal’ pero en realidad es una monstruosidad. Mi idea fue entonces revelar quién es en realidad el verdadero monstruo.

(VT) Cuando leo tus cuentos no puedo dejar de asociarlos con la famosa categoría freudiana de lo *Unheimlich*, eso que se genera en el hogar pero que se sale de allí como disparado, como cuando hay una supuración, porque ha sido ocultado y escondido bajo presión y al salir se evidencia como algo tremendamente siniestro. ¿Por qué ubicaste lo monstruoso en el seno de la familia?

(MFA) La familia es otra de mis obsesiones porque es el lugar del que salimos todos, y así somos buenos, malos, maltratadores, violadores, víctimas, terroristas etc.; seas quien seas sales de ahí, de una familia. Incluso los huérfanos tienen una visión de la familia

por ausencia que es hasta más poderosa, a causa del abandono. La familia sigue siendo todavía una de las instituciones más protegidas, más sacralizadas. Es como que esta sociedad del siglo XXI, que ha podido derrumbar muchos mitos y muchas metaficciones, que ha emprendido contra instituciones sagradas como el Estado, la Iglesia, el Ejército, la Patria, etc. suele dejar a la familia bastante intocable. Y es que la familia tiene un discurso que no es de imposición, sino que está basado en el amor; para las sociedades católicas, por ejemplo, es pecado cuestionar al padre o a la madre, y Dios es el Padre y la Virgen es la Madre, y eso no es casualidad. Hay ahí toda una maquinaria social puesta en marcha para que no se cuestione la autoridad de los padres ni sus actuaciones, sean éstas las que sean. Así, a pesar de que en muchas familias hay problemas, disfuncionalidades, maltrato, mentiras, secretos, silencios, frustración e incluso odios, pareciera que hay que aceptarlo; siento que aún nos sentimos avergonzados de denunciar eso socialmente. Pero, como tú dices, hay algo que supura. La sociedad también contribuye a nuestra forma de ser y actuar y puede convertirnos en esto y lo otro, pero no hay nada más fuerte que la familia, no hay nada que nos marque más. Por eso me interesa hurgar ahí, me interesa abrir las ventanas, las puertas y airear esas habitaciones tan cerradas.

(VI) En ese famoso ensayo, conocido en español como *Lo siniestro*, Freud retoma la figura del doble en la literatura... y coincidentemente en tus cuentos hay muchos seres duplicados (hermanos, mellizos, o, como en “Otra”, directamente una especie de *Doppelgänger*)... ¿A qué se debe la insistencia en esa figura?

(MFA) Es verdad. Me gusta mucho lo repetido, lo espejado. Me gusta mucho la figura de los hermanos gemelos como ‘otro yo’. Probablemente tiene que ver con eso de hablarme a mí misma, de querer conocerme así a mí misma, de tratar de entender qué hay en mi cabeza y la figura de un ‘otro’ me ayuda. Y por supuesto que también está la cosa presente en Dr Jekyll y Mr Hyde, en dos seres que parten del mismo origen y sin embargo tienen actuaciones antagónicas. Eso me interesa muchísimo, saber de lo que eres capaz tanto para bien como para mal. En el caso de Dr Jekyll y Mr Hyde hay una cosa monstruosa, claro, pero Mr Hyde también se puede ver como la parte de nosotras que es capaz de ser valiente y de salvarse y de decir “¡Basta!. ¡Hasta aquí!”. Puede ser una parte heroica en lugar de terrorífica. Además, simbólicamente, las mellizas, las gemelas tienen para mi generación una fuerza muy grande desde, por ejemplo, *El resplandor* de Stephen King. Y claro, hay algo tenebroso en la repetición y por eso la implementé. Es la primera vez que me lo señalan y que lo pienso de esta manera, pero creo que tiene que ver, además, con un querer poner en claro la escisión que todas tenemos en nuestras cabezas, eso de sentir que se es dos, que se es yo y el otro.

(VI) ¿Otros personajes que aparecen repetidamente en *Pelea de gallos* son las empleadas domésticas... ¿Qué te permite literariamente la inclusión de esta figura?

(MFA) Lo de las empleadas domésticas se conecta con la pregunta anterior porque la otredad más completa que vivimos los niños latinoamericanos de clase media y de clase alta es la empleada doméstica. La empleada, porque casi siempre es mujer, es una persona presente y determinante en nuestra formación como seres humanos, tanto como lo son nuestros padres. Y sin embargo, con reglas no escritas y con actitudes tácitas, sabemos desde el principio que esta persona es diferente. Te lo enseñan de manera muy cruda, haciendo por ejemplo que duerma en el espacio más miserable de la casa, sin ventilación, sin luz, sin comodidades, casi como si fueran prisioneras. Los animales domésticos de la gente que tiene servicio en casa tienen una vida muchísimo mejor que estas trabajadoras. Los animales son más dueños del espacio, son considerados iguales, ellas no. Es muy brutal crecer con esto, sobre todo porque no lo piensas hasta que no lo profundizas, crees que es lo normal, pero que una persona esté trabajando perennemente y que no tenga vida propia, es en realidad una cosa bien parecida a la esclavitud. A mí me parece que esa actitud frente a la empleada que vive en la casa es como la posesión de otro ser humano porque ese ser humano, por las razones que sean —raza, condición social, género—, es considerado inferior. Me parece que explorar esa figura nos puede llevar a historias tenebrosas sobre el alma humana, nos lleva a preguntarnos “¿Quién es el monstruo en realidad?”. Hay que pensar en esto y hay que contarlos porque no hay nada más terrorífico que normalizar la monstruosidad.

(VT) Los cuentos están narrados casi todos desde una voz femenina, el título general del volumen remite, sin embargo, al mundo masculino (son los hombres los que mayormente constituyen ese ambiente de las riñas, en donde los que pelean además son los especímenes machos, los gallos)... ¿Qué relación ves entre el género y lo monstruoso?

(MFA) Esta es una pregunta interesantísima que me plantea muchas inquietudes a mí misma en relación al género y lo monstruoso. En mi experiencia vital de mujer, es algo que ha estado muy presente, pues hay cosas que las mujeres podemos hacer o no, lugares a los que podemos ir o no, y sobre todo, esa idea, a la que vuelvo constantemente, relacionada con el hecho de que te inculquen constantemente como niña, como adolescente, como mujer que hay algo malo en ti, que en ti hay algo perfectible o, mejor, arreglable, de ahí que como mujer estés siempre pensando que eres defectuosa; a los hombres no les dicen eso; hay otros mecanismos, por los que el hombre que no representa los cánones del macho ganador, competitivo, conquistador etc. tiene que ser machacado porque para la sociedad machista ese hombre tiene comportamientos ‘femeninos’ y eso ‘femenino’ es lo que está mal, lo defectuoso. Yo siento que el solo hecho de nacer siendo mujer te va a garantizar —en el caso más suave y más feliz, es decir, en una sociedad y en un país y un entorno sano, como por ejemplo en países nórdicos en donde no te pasan cosas en la calle— siempre sustos o complejos físicos, de eso ninguna nos escapamos, pero en contextos más machistas, te puede pasar, incluso,

que te asesinen. Eso con lo que cargamos todas desde niñas me lleva al terror que implica ser mujer, a tener la sensación de que hay algo entre tus piernas que es monstruoso para ti o para los demás. La genitalidad se conforma así como algo que te va a traer problemas, solo por estar ahí. Sin embargo y si bien la pelea de gallos es un espacio muy masculino, para mí representa todo lo que está mal, no solo en el mundo masculino sino en general, representa esta utilización de seres más débiles para diversión, este casi burlarse de lo sagrado de la vida del otro, ya sea un animal o una mujer, solo por su condición. Hay ciertas vidas que socialmente parecerían importar menos. Esta imagen de la pelea de gallos con esta gente deseando ver sangre, apostando dinero, emborrachándose, siendo obscena, todo este espectáculo es la monstruosidad del mundo masculino, sí... Pero ¿de dónde viene este machismo? Un niño que encuentra un pajarillo herido, seguramente lo quiere curar, no que se muera sufriendo como los gallos, si ve a otro niño llorando, lo quiere consolar y no divertirse con eso, entonces ¿cómo se llega al goce en el sufrimiento, en el asesinato? Eso es, sin duda, aprendido. Y aquí volvemos a los temas de las preguntas que me has hecho anteriormente: se aprende a ser monstruo en el hogar, por ejemplo, en donde se crean víctimas; por eso usé este título, esta hipérbole de ser macho, para un libro que trata fundamentalmente de las víctimas.

(VI) Y a propósito de este título del volumen... ¿Por qué lo elegiste para englobar a cuentos que llevan todos, sin excepción, como título solo un sustantivo?

(MFA) En sí el título del libro refiere en concreto al primer cuento “Subasta”, que se desarrolla en ese ambiente, pero todo esto que decía antes, de las monstruosidades, de la sed por la destrucción, mientras se observa todo desde una platea, aplaudiendo, simboliza la experiencia de miles de millones de seres: el empresario que se enriquece, lo que nos hacen a las mujeres de enfrentarnos unas contra otras, como si fuéramos competencia, como si nos odiáramos o nos envidiáramos, la guerra, en donde los superiores ven a los más pobres muriendo, el narcotráfico que usa a los chiquillos como carne, como carroña, pues todo esto, que está en todas las sociedades sin excepción, es como una pelea de gallos, de allí ese título.

Por otra parte, la pelea de gallos te hace pensar inmediatamente en algo sangriento, en desesperación de animales que son víctimas y, a la vez, en hombres gritando, excitados, azuzando, en el mal olor, en lo clandestino. Creo que es una imagen con mucha potencia, que lleva al lector en una sola frase al lugar adonde yo quiero que vaya.

(VI) Lo latinoamericano aparece con mucha claridad en tus cuentos... ¿Es éste un ámbito particularmente fecundo para algunas ‘monstruosidades’? ¿Por qué?

(MFA) Yo intenté no poner ninguna referencia concreta a una geografía. Hay solo dos referencias muy claras a mi ciudad, Guayaquil, que son la Vía Perimetral, en donde abandonan a la protagonista de “Subasta”, y el Cristo del Consuelo, que es donde van a

rezar en el cuento del ‘ñañito’. En realidad, aunque son muy claras para mí, creo que son igualmente bastante universales. Sin embargo, cuando me empezaron a hacer las entrevistas en España, en donde salió el libro, todos los periodistas hacían referencia a la brutalidad de América Latina. Y es que después del Boom, lo que se conoce es el realismo salvaje, con sicarios, narcos, favelas, mujeres violadas y asesinadas en Ciudad Juárez, los decapitados, el tren llamado ‘La bestia’, etc. entonces me parecía que por esto, por estos relatos, para otras latitudes podría ser un poco fácil considerarnos a los latinoamericanos como monstruos, como ‘otros’ –asesinos, pedófilos, incestuosos, drogadicotos etc. Así, siempre que los periodistas españoles me remitían a esa cuestión, yo les respondía: “No es un libro latinoamericano”, y les recordaba, por ejemplo, el caso de la violación en manada de Pamplona ocurrida al mismo tiempo casi que saliera mi libro. Estoy convencida de que no hay que viajar muy lejos para ver al monstruo, a veces hay que verlo en el espejo. Pero soy consciente de que soy latinoamericana, de que crecí aquí, y ciertas cosas –la relación con el servicio doméstico de la que hablábamos, la desigualdad social, etc.– están en mi libro, claro, pero yo disiento de poner a mis cuentos entre eso que se considera ‘realismo crudo’ al estilo de *La virgen de los sicarios* o *Amores perros*, para poner dos ejemplos. Yo hablo de algo universal y de hecho hay un par de cuentos que pueden ocurrir en cualquier sitio. “Persianas”, por ejemplo, podría transcurrir en un pueblo español, por eso que tienen los españoles de volver a su pueblo en verano, como pasa en el cuento.

Muchas y muchos lo entendieron así, como algo más general, y quizás por eso el libro anduvo tan bien en España: mi deseo fue mostrar un monstruo global.

(VT) La religión también propicia lo monstruoso en tus cuentos. ¿Cuál es el motivo?

(MFA) Esta es una pregunta clave: Ecuador, mi país, es católico, y a pesar de que hay separación de Iglesia y Estado, nadie se atreve a desafiar a esa mayoría católica. Yo fui criada en una familia creyente, en un colegio religioso con una gran presencia del pecado, del infierno, de la culpa, que me hizo vivir mucho tiempo preguntándome “¿Por qué no puedo ser santa?”, “¿Por qué no puedo ser limpia?”, “¿Por qué no puedo dejar de pensar en esto o lo otro si son faltas?”, “¿Por qué no puedo ser como la Virgen?”. ¡Eso es monstruoso!, que una niña piense en el pecado, es realmente obsceno. El libro más importante para mí es la Biblia, en las clases leíamos los Salmos, los Evangelios, uno de los lugares que más frecuenté fue la misa –¡con el colegio íbamos dos veces por semana a misa! Entonces todo ese mundo está en mi obra. Porque lo conozco bien, pues, como antes me sentía poco aceptada, me hice muy creyente, fui una víctima perfecta, como las sectas que captan a los que se sienten *outsiders*, inadaptados, parias. Además, las imágenes religiosas que circulan por Latinoamérica son *gore*, increíblemente *gore*. Por otro lado, en dos cuentos míos, “Pasión” y “Luto”, hay una revisión de las historias bíblicas. Porque además está eso de que en la Biblia las mujeres son pasivas, castigadas, sucias y yo quería darles voz a esos seres. “Pasión” surgió porque había un concurso de

cuento organizado por *Los hijos de Mary Shelley* que consistía en crear un monstruo. A mí siempre me ha parecido que algunas escenas del amor romántico lo que hacen es en realidad convertir a la otra persona en un monstruo y ¡qué más monstruo puede haber que alguien que en una relación cree que es Dios! Entonces empecé a jugar con esa idea del enamoramiento que endiosa al otro y que hace que le aceptes sus mentiras, sus paranoias, y al hacerlo, cambias y pierdes. En el caso de este cuento mío, María Magdalena es la poderosa y el otro es un hombre esquizofrénico, que cree que es lo que en realidad no es, pero ella lo ama tanto que le permite esa locura al punto de perderse ella misma, de desaparecer. En el otro cuento, “Luto”, retomo a Marta y María, dos personajes bíblicos sobre los cuales me hubiera gustado saber más porque se sabe poquísimos. La Biblia solo las pone en contraposición, una como ejemplo de la mujer hacendosa y la otra, como la mujer piadosa. Paralelamente recurrí a un cuento que leí de muy niña y cuyo autor ahora desconozco, en donde Lázaro, el resucitado, es un verdadero *zombie*. Pero lo terrorífico de todo no es eso en esta historia, sino lo de la complicidad de los hombres que trato de hacer resaltar en el cuento: Jesús es amigo de ese hombre y se entera de que está torturando a una mujer, pero contesta que el hombre está en su propia casa y allí hace lo que quiere. Me interesaba mostrar a los Apóstoles como cómplices del maltrato hacia las mujeres. Una de cada cuatro de nosotras ha sufrido violencia machista; eso evidencia que hay solidaridad entre los hombres, que hay un pacto masculino del que no escapa la religión. Ahí también hay algo monstruoso.

(VI) Lo monstruoso está en tu libro por doquier, ni el amor se salva ... ¿o sí?

(MFA) Según yo, mi cuento de amor en *Pelea de gallos* es “Crías”, en donde retrato a esta pareja de seres extraños, frikis, que han visto a sus hamsters comerse a sus crías. Es una historia de amor que no es perfecta ni es rosa, pero que de todas formas consuela porque habla de un encuentro, se encuentran el uno al otro. Yo sé que es un cuento muy duro, que habla de una sexualidad muy temprana –son chiquillos– y hay condiciones de salud mental en ambos que hacen que no sea el escenario romántico ideal. Soy muy consciente de eso, pero igual se quedan juntos a pesar de todo lo terrible que le hago vivir a esa pareja y por eso la considero la historia de amor del libro.

(VI) ¿Cuándo escribiste *Pelea de gallos* tenías presente algún lector en particular? ¿Buscabas espantarlo o más bien que se solidarizara con la pintura de este mundo tan tremendamente sórdido?

(MFA) Yo publiqué *Pelea de gallos* con cuarenta y dos años. Yo siempre escribí ficción, aunque estuve en el armario porque estudié y luego me dediqué al periodismo. Yo no escribía con la idea de publicar. Así fue pasando el tiempo, empecé a hacer periodismo narrativo, crónicas, emigré, con lo cual tuve que batallar mucho –estar indocumentada, ganarme mi pan, sobrevivir– y la idea de publicar se fue quedando cada vez más en el olvido. Igualmente, casi que lo agradecí porque sentía que lo que tenía escrito no era

enseñable. Hasta los veintipico había cometido el error de darle mis escritos a hombres, a escritores consagrados, sobre todo ecuatorianos. En esas épocas una profesora de la universidad, y crítica literaria, leyó una cosa mía y me dijo que esperaba leer más, pero sin embargo no le hice caso, su opinión no caló en mí como la de los hombres, que me dieron una opinión negativa o directamente no me contestaron. Una vez se hizo una antología de nuevos cuentos ecuatorianos y me pidieron un cuento, yo tenía ya escrito “Griselda” y se lo di. Ese cuento, que también incluí después en *Pelea de gallos*, fue mi primera publicación. Luego fue lo del concurso de *Los hijos de Mary Shelley* y ya hubo más lectores. En un bar de Madrid, en donde un escritor argentino hacía *jams*, me animé a participar y gané un par de ellos pero seguía diciendo que no escribía. Esto de los *jams* fue importante para mí porque escribía las cosas en el momento y los jueces eran personas que yo admiraba, así que me fui sacando el pudor. Allí se organizaba también lo del concurso de Mary Shelley, cuya consigna, como ya te dije, era escribir un monstruo. De allí salió “Pasión”. Pero como yo no tenía la idea de que iba a seguir publicando, no tenía ningún lector en mente y por eso me podía permitir ser tan brutal. Igualmente sigo sintiendo que hay cosas que hay que llamar por su nombre y no autocensurarse. Y así escribo. La muerte de mi padre hace siete años fue una posibilidad de salir completamente de ese armario. La única cosa que me importaba era la reacción de mi padre; al punto de que *Pelea de gallos* no hubiera existido si él aún viviera. Me preocupaba eso y a su vez ser honesta con lo que escribía, y ahora sé que el lector valora la honestidad.

(VT) Entonces con un primer cuento de terror entraste en una antología de escritores ecuatorianos, con otro, ganaste el premio *Los hijos de Mary Shelley*, con una antología de relatos de ficción que hablan de lo monstruoso, *Pelea de gallos*, lograste convertirte en un *longseller* de Páginas de espuma, la editorial española donde fue publicado. Este volumen además ha sido recientemente traducido... Te trajo éxito esta línea estética ¿Piensas continuarla?

(MFA) La verdad es que yo no sé falsear y, por lo tanto, si no creo que lo mío es necesario, no creo que tenga que haber constantemente cosas mías. No siento que cualquier cosa vale. Yo prefiero hacer cualquier tipo de trabajo antes que publicar cosas que no me hagan sentir orgullosa. Sé que en *Pelea de gallos* hay cosas que son perfectibles, pero siento que el libro es lo que yo quería decir y que lo hice lo mejor que pude y que responde a las obsesiones que tengo y también a las búsquedas estéticas que yo tengo. De todas formas, yo pienso que mi forma de escribir es mucho más desde las tripas que desde la razón. Es una cosa orgánica. No soy de hacer esquemas, ni de programarme. Es algo más del cuerpo, como menstruar, como parir, algo que sale. Admiro otras narrativas, pero como lectora. Pero yo no tengo eso de pasarme meses construyendo escenas y esquemas de personajes y genealogías. Y aunque se diga que me repito, yo no sé escribir sobre algo que no sea mi obsesión. Además, siento que se publica demasiado,

que muchos libros ni se alcanzan a leer, que ni siquiera se alcanza a verlos expuestos en las librerías y por eso se destruyen. Por eso no quisiera que hubiera algo mío tibio. No, eso nunca.

(VT) Desde hace algunos años en Latinoamérica han surgido potentes voces literarias de mujeres, entre las que se te suele incluir, que desde distintas propuestas y estéticas abordan el terror, el horror, lo espeluznante, lo monstruoso, lo ominoso, lo raro... ¿Qué relación tienes con estas obras y sus autoras?

(MFA) Me pregunto mucho sobre esta generación terrorífica de escritoras latinoamericanas y me es difícil dar una sola respuesta porque estoy segura de que hay varias. Una de ellas podría ser el hecho de que somos todas hijas de los ochenta en nuestra formación y los ochenta fueron una época de gran apogeo del terror en todas sus búsquedas: fue la época dorada de Stephen King y de muchas películas de ese género, con personajes tan inolvidables como Slayer, Freddy Krüger, Jason y Carrie. Quizás seamos la primera generación absolutamente global pues con el cine y la televisión todas pudimos ver y leer las mismas cosas. Círculo de lectores, por ejemplo, fue decisivo en esto. Eso nos formó de manera semejante. En esas obras de los ochenta hay también una obsesión por lo religioso y lo sexual relacionado con el terror. Esta es una primera hipótesis que suelto. Además, la mayor parte de las escritoras estas de Latinoamérica a las que te refieres somos universitarias y tuvimos acceso a muchas cosas y eso hace que también tengamos preocupaciones en común –la violencia de género, la ecología, la pobreza en fin, problemas del mundo–, que no nos circunscribamos a lo doméstico.

Por otra parte, y volvemos a una cuestión de la que ya hablamos, no hay nada más espeluznante que ser mujer. Ninguna película se asemeja a esa sensación que tú sientes en Latinoamérica cuando llegas a tu casa sola de noche y oyes pasos detrás. Y como eso nos pasa, a todas, estoy convencida que eso también entra en este terror. Las mujeres estamos en el epicentro de la violencia. Creo que, aunque no esté explícitamente en nuestra obra, aparece. Porque ¿cuál es la otra cara de que nuestro espacio no sea el espacio doméstico? Pues el exponernos a ser víctimas y eso es una película de terror perfecta. O encerradas o asesinadas. Es terrorífico. Es llamativo que muchas de nosotras, Mariana Enríquez, Mónica Ojeda, Samanta Schweblin, estemos a miles de kilómetros pero haciendo cosas parecidas. Estoy buscando más bien una explicación que tiene que ver con el *zeitgeist*, con eso que se llama ‘el espíritu de los tiempos’. Quizás entre estas hipótesis que estoy pensando ahora en voz alta pueda haber alguna que explique este fenómeno de que haya tantas escritoras latinoamericanas escribiendo sobre el terror.

MARÍA FERNANDA AMPUERO nació en Guayaquil el 1976 y vivió en España y México. Estudió Periodismo en la Universidad Católica Santiago de Guayaquil. Publicó artículos en diarios y revistas de distintos países. En 2011 salió su primer libro, titulado *Lo que aprendí en la peluquería*, una serie de artículos y crónicas publicados anteriormente en la revista *Fucsia*, y que refieren a su experiencia como migrante, la condición de las mujeres y el machismo. En 2012 fue seleccionada entre los latinos más influyentes de España. El mismo año ganó el premio Ciespal de Crónica y el de la Organización Internacional de las Migraciones (OIM) a la Mejor Crónica del año. En su segundo libro, *Permiso de residencia* (2013) también abordó la cuestión de la migración.

En 2018 publicó *Pelea de gallos*, un libro de relatos de ficción que se convirtió en un éxito de crítica y en un *longseller*. Por este libro, traducido recientemente al inglés, ganó el Premio Joaquín Gallegos Lara. Antes, por un cuento incluido en esta colección, había ganado el premio de *Los hijos de Mary Shelley*. Sus obras han sido traducidas además al portugués y al italiano.

Ampuero fue recientemente la Gerenta del Plan Nacional del Libro y la Lectura José de la Cuadra del Ministerio de Cultura de Ecuador y tuvo a su cargo la organización de la XII Feria Internacional del Libro de Quito en diciembre de 2019.

VICTORIA TORRES nació en La Plata, Argentina, en 1968. Estudió Letras en la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Trabajó como docente en las Universidades de Bonn, Köln y Wuppertal, Alemania. Actualmente es Senior Lecturer en el Seminario de Romanística de la Universität zu Köln, Alemania. Sus principales temas de investigación son: la literatura uruguaya de fines del siglo XIX, las transformaciones urbanas en la narrativa latinoamericana del siglo XXI, las representaciones literarias de las guerras, en especial la guerra de Malvinas, la literatura transatlántica escrita por mujeres latinoamericanas, materias sobre las que es autora de numerosos escritos.

De 2012 a 2016 años organizó el Taller de creadores *Memorias y culturas* en la Universität Köln y desde 2017 lleva a cabo la *Jornada de literatura argentina* en la misma Universidad, como parte de extensión del programa de la Feria del libro de Frankfurt.

Además de desempeñarse en el campo académico, se dedicó al periodismo cultural en varios medios, tradujo al español *Figuras de la alteridad* de Jean Baudrillard, es coeditora y prologuista de una antología de cuentos de Rodolfo Walsh al alemán, del libro *Golpes. Relatos y memorias de la dictadura*, del volumen de foto-textos *American* y de *Estilo libre* (2018), una colección para jóvenes que recopila cuentos de reconocidos escritores argentinos.